

Una chica acude una cita a ciegas

Cualquier mujer sabe que las citas por internet son una lotería: nunca sabes qué premio te va a tocar. El dios del sexo con el que finalmente has accedido a tomarte un café puede ser el estable e ingenioso hombre que él afirma ser, o muy probablemente, en realidad, un contable en paro con halitosis y tres ex mujeres.

Te sirves una copa de vino y te acomodas delante del portátil. Ya has navegado por las pantanosas aguas de *lovematch.com* en otras ocasiones y has cosechado resultados de todo tipo, pero hace un mes decidiste darle una última oportunidad. Después de eliminar a los tipos cuyas fotografías de perfil eran evidentes robos de portales sobre culturismo y a cualquiera que se autodenominara «el mejor amante del mundo», has reducido tu selección a tres candidatos. Ya llevas un par de semanas chateando amistosamente con ellos y de momento todo va bien.

El primero es «LuciernagaNYC», que dice ser un bombero de Nueva York, cosa que le da dos enormes positivos. Sus fotografías de perfil son impresionantes, aunque no consigues verle bien la cara. En todas se distingue a un hombre alto y fuerte con casco y uniforme en plenas proezas épicas. Ya te ha hecho reír unas cuantas veces y parece gustarle mucho su trabajo. La parte negativa es que hace muchas faltas de ortografía, cosa que para ti suele ser un factor de eliminación automática. Además, sus películas preferidas son *Algo para Recordar* y *Taxi Driver*, cosa que significa que o bien es un romántico empedernido o un psicópata. Hmmm.

Luego está «Conde Canaletto³⁶», que afirma descender de una larga extirpe de aristócratas venecianos y es natural de la «ciudad más bonita del mundo». Según sus fotografías es un hombre bronceado de perfil aguileño y espeso pelo negro. En una de ellas está apoyado en el balcón de lo que parece un palacete veneciano, y en la otra se le ve luciendo gafas de sol y ropa de esquí ante un paisaje alpino y nevado de fondo. Sus mensajes están tan bien escritos que suenan poéticos. Entre sus intereses está la ópera, la literatura y los deportes de riesgo, y en su ocupación ha puesto que es empresario. Durante una conversación personal que mantuvisteis te confesó que su verdadero nombre es Conde Claudio Lazzari, y le agradeciste mucho la confianza que te demostró con ese gesto. Como seguía sonando demasiado bueno para ser verdad, y tú no eres tonta, investigaste un poco y con mucha discreción, y por lo visto sí que es quien dice ser.

Y, por último, y no por ello menos importante, está el «PequeñoChicoHolandés», un escultor de Ámsterdam. Es aventurero, excéntrico y la palabra bohemio parece haber sido inventada para describirlo. Tampoco está nada mal que en sus fotografías se pueda ver a un chico guapo de ondulado pelo largo con un pecho musculoso. Y, sin embargo, no le vendría mal mejorar un poco su inglés porque, a veces, cuando estás chateando con él, tienes la sensación de mantener una relación con el traductor automático de Google.

Entras en la web esperando encontrar a alguien con quien pasar el rato y te alegras mucho de comprobar que te han escri-

to los tres. Quizá esta sea una buena noche para llevar las cosas al siguiente nivel. ¿Con quién quieres chatear primero?



Si te apetece entablar una conversación ardiente con el bombero, ve a la página 4



Si tienes ganas de pasar un rato con el escultor sexy, ve a la página 8



Para una charla romántica con el aristócrata italiano, ve a la página 12

Has decidido intercambiar unas cuantas marranadas con el bombero

Te sientes un poco traviesa y le preguntas a Luciérnaga si le apetece subir un poco el tono. Como era de esperar, él se muestra perfectamente dispuesto.

<Es la primera vez que hago esto>, tecleas.

<Yo también>

Estas faltas de ortografía podrían acabar enfriando el tema. Tendrás que intentar ignorarlas.

<Entonces, ¿por dónde empezamos?>

<Podrías decirme lo q llevas puesto>

En realidad llevas tu pijama de franela preferido, uno con dibujitos de South Park que está lleno de milenarias manchas de café. No es la prenda más sexy del mundo. Ha llegado la hora de mentir.

<Un salto de cama transparente estilo años cincuenta de color negro y mi tanga violeta preferido.

¡Ah! Y tacones>

<Vaya. El violeta es mi color preferido>

<El mío también>

¿El mío también? Eso es patético. Venga, seguro que puedes hacerlo mejor. Reflexionas un momento y entonces tecleas:

<Aquí empieza a hacer calor. ¿Ahí también?>

<Mucho>

<¿Y cómo puedo refrescarme? ¿Me podrías prestar alguna manguera?>

<Claro que sí, nena. Puedes cojerla siempre que quieras>

<¿Y es grande?>

<Es enorme. Y si te portas bien te la dejaré tocar>

Los chistes de bomberos son demasiado predecibles. La verdad es que la conversación no te está excitando, pero es divertido.

<Siempre he querido acariciar la manguera de un bombero. ¿Cómo es?>

<Está dura, nena. Muy dura. Tan dura como la barra metálica de la estación>

Te ríes.

<Mmmm. Me estoy empezando a poner muy caliente>

<Es posible que necesites quitarte algo>

<Es posible. Oh, mira, me estoy bajando los tirantes del salto de cama...>

<Eso es, nena. Hazlo muy despacio>

<Se ha caído al suelo. Ahora sólo llevo el tanga y los tacones. ¿Qué quieres que haga ahora?>

<Tócate las pecas>

No puedes evitarlo y te deshaces en carcajadas.

<¿Las PECAS?>

<Lo siento. Me he emocionado demasiado!!!>

<No pasa nada>

<LOL>

¿LOL? Madre mía... Entonces escribes:

<Yo también ☺>

<Espera. Brb>

Se vuelve a conectar en treinta segundos.

<Me tengo que ir. ¿Seguimos otro día?>

<Claro. Y ten cuidado ahí fuera>

<Tú tb XXXX>

Ha sido más divertido que erótico, y aunque esperas que se exprese mejor en persona que por escrito, por lo menos tiene sentido del humor. Además, ya te estás acostumbrando a sus faltas de ortografía. ¿Qué quieres hacer ahora?



Para chatear con el escultor, ve a la página 8



Para conversar con el Conde, ve a la página 12



Para dejarlo por esta noche, ve a la página 18

Decides chatear con el escultor

Flirtear por internet será un poco más complicado teniendo que utilizar el traductor de Google, pero te dices a ti misma que en esta vida hay que probarlo todo por lo menos una vez.

<¿Cómo está Ámsterdam esta noche?>, tecleas.

<Ámsterdam es una ciudad preciosa>

<He oído decir que también es una ciudad muy sexy>

<Sería más sexy si estuvieras aquí>

Al leer su último comentario piensas que esto ya es otra cosa, y te empiezas a sonrojar.

<¿Cómo lo sabes? Ni siquiera me conoces>

<Suenas sexy>

<Tampoco has escuchado mi voz>

<Yo soy artista. No necesito escuchar tu voz para saber que eres sexy. Tengo mucha imaginación>

<¿Ah sí? ¿Y me imaginas a menudo?>

<A decir verdad, sí. Ayer por la noche, sin ir más lejos, imaginé que estabas aquí>

Tecleas una respuesta, te da vergüenza, la borras, la vuelves a escribir, y luego presionas enviar antes de que se te ocurra volver a cambiar de opinión:

<¿Y qué imaginabas?>

<Pues imaginé que estabas aquí y nos besábamos>

<¿Ah sí? ¿Y besaba bien?>

<Mucho. Casi tanto como yo>

Te ríes. No hay nada más sexy que un hombre con sentido del humor. Es divertido incluso a pesar del extraño mundo del traductor de Google.

<En ese caso quizá podrías darme clases>

Mmmm. Él podría enseñarte a besar y tú le podrías enseñar inglés.

<Me encantaría>

<Creo que a mí me gustaría más>

<Y en mi imaginación, cuando acabábamos de besarnos, te deslizaba la mano por debajo de las bragas y te masturbaba hasta que te corrías>

Tragas saliva. Esto se está poniendo serio. Una oleada de calor te recorre todo el cuerpo y te contoneas un poco dejando resbalar la mano por tu cuerpo.

<tenes ucha imaginación>

<¿Te estás tocando?>

<que te hace pensar eso>

<Porque yo soy el que no sabe hablar bien el inglés,
y tengo la sensación de que estás tecleando con una
sola mano>.

Te ha pillado. Vuelves a colocar ambas manos sobre el teclado mientras piensas en cómo vas a contestarle. Te has sonrojado; en parte se debe a la vergüenza y en parte a la excitación. ¿Qué le vas a responder? No quieres decirle la verdad; no te apetece reconocer que sólo le han bastado unas pocas palabras para conseguir que te metieras la mano dentro de las bragas. Por suerte, él advierte la larga pausa y sale al rescate cambiando de tema.

<Quizá deberías venir a Ámsterdam y así no
tendríamos que recurrir a ninguna fantasía>
<Quizá...> tecleas. Y entonces añades:
<Quizá...>

Tu portátil emite un pitido al recibir una petición de *chat* de otra persona.

<Puede que no debas venir, pero definitivamente>
<Definitivamente es un quizá>

Dejarás que deduzca él solito lo que quieres decir.

<Gracias por la charla, chico sexy. Hasta pronto.
Xxx>

Te desconectas rápido para no volver a engancharte a su conversación y compruebas tu buzón de entrada: tienes un mensaje nuevo del Conde y otro de Luciérnaga. ¿Quieres contestar o ya has tenido bastante cháchara por una noche?



Para chatear con el bombero, ve a la página 4



Para conversar con el Conde, ve a la página 12



Para dejarlo por esta noche, ve a la página 18

Has decidido chatear con el Conde

<Ciao bella!> Ese es el saludo habitual del Conde. Le comentas que te alegras de saber de él mientras te preguntas si será demasiado cursi enviarle uno de esos emoticonos con un beso volador que dan a entender que te sientes coqueta.

Y entonces, como si tus pensamientos pudieran viajar por el ciberespacio, él teclea:

<Esta noche quiero preguntarte una cosa>

Oooh. Esto suena bien.

<¡Lo que quieras!>, contestas.

<¿Me permites que te imagine desnuda?>

Tragas un poco de saliva. Pero tienes que admitir que te gusta la idea. Además, ¿qué daño puede hacer?

<Claro, adelante. Pero te advierto que yo también puedo imaginar cosas>

<Veo tus preciosos pechos. Estoy seguro de que tu piel es tan suave y tersa como la nata. Ahora mismo me estoy imaginando una buena ración de fresas con nata. Cerezas. ¡Espera, uvas! Esponjosas, firmes y maduras. Noto su textura en la lengua...>

Tus pezones han reaccionado a sus palabras. Te deslizas una mano por debajo de la camiseta y abres una de sus fotografías para regodearte en su sensual boca, la recia curva de su labio superior, y el brillo de sus dientes blancos. Imaginas esa boca deslizándose por la piel de tu torso, besándote los pechos y apropiándose de tus pezones. Se te acelera la respiración y dejas resbalar la mano para jugar con uno de tus pechos y pellizcarte el pezón.

<¿Va todo bien? Espero no haberte ofendido>

<¿Quieres que pare?>

<¡No!>

<Vale. Entonces, ¿te gusta?>

<Mmmm. Sí>

Te mueres por saber adónde os llevará todo esto. Estás un poco nerviosa. Has oído hablar muchas veces sobre cibersexo, pero nunca lo habías practicado. De momento estás muy intrigada y bastante excitada.

<Necesito degustar un poco más de tu nata>

<Adelante>

<La lamo como un gatito. Oh, qué bien sabes. Eres dulce y sexy>

<Gracias, tú también eres bastante sexy>

<¿De verdad estás disfrutando de esto? Yo me lo estoy pasando muy bien. ¿Y sabes qué me gusta todavía más?>

<¿Qué?>

<Los higos>

<???.>

<Es mi fruta preferida. Estoy pensando en lo mucho que me gustaría deslizar el pulgar por su tersa piel, pelarla y abrir la fruta...>

La insinuación genera una oleada de calor que te recorre de pies a cabeza, y la excitación se adueña de tu sexo. Te apresuras a contestar <guau> con una sola mano mientras apartas un poco el portátil para bajarte las bragas de algodón. Echas otra ojeada a su foto de perfil y esta vez te imaginas esa boca resbalando hacia el sur de tu cuerpo. Dejas escapar un pequeño gemido al pensar en esos firmes labios concentrados en tus zonas tropicales, y acomodas los cojines que tienes a la espalda mientras separas las rodillas. Entretanto, Claudio sigue teclando:

<para dejar al descubierto la suave carne rosada, el néctar...>

Y ya no puedes seguir resistiéndote, tus dedos se descuelgan por entre tus muslos y flexionas el dedo anular para separar los labios de tu sexo, que están hinchados y húmedos. Y una vez entre ellos te das cuenta de que estás tan jugosa como imagina Claudio.

<me gustaría abrir ese higo y luego comerme su pulpa pegando mi boca a su interior, y utilizar la lengua para lamer hasta la última gota>

Se te escapa un quejido descarado mientras te acaricias el coño. Deslizas el dedo hacia arriba y lo paseas por toda la abertura hasta llegar al clítoris sin dejar de mirar la pantalla esperando, con avidez, el suave «ping» que da paso a cada nueva frase del chat.

<higos con nata, la combinación perfecta>
<ssssi>, tecleas con poco acierto.

Por suerte, Claudio (que ya te has dado cuenta que ha dejado de utilizar las mayúsculas) es demasiado caballero como para decir nada.

<los que más me gustan son los higos oscuros con ese sabor almizclado>

Y pocos segundos después, añade:

<siempre están bien maduros>

Ya no tienes fuerzas para seguir tecleando. Te masajeas el clítoris sintiendo la urgencia que se acumula en el interior de tu coño empapado y el dolor que anida en lo más hondo de tu pelvis exigiendo la liberación.

<chupo su delicada piel interior>

<una y otra vez>

Cuando sus palabras aparecen en la pantalla, cruzas el límite y te corres arqueándote contra los cojines. Tu portátil resbala por el edredón, pero estás disfrutando demasiado como para preocuparte por eso. El placer se adueña de todo tu cuerpo y, durante unos largos segundos, tienes la sensación de que Claudio está ahí contigo y te acaba de proporcionar un orgasmo maravillosamente satisfactorio.

Te das cuenta de que eso es exactamente lo que ha ocurrido —en cierto modo—, y vuelves en busca de tu portátil. Por suerte, no lo has apagado sin darte cuenta ni has salido del programa por error, y ves que tienes varios mensajes en espera:

<pero quizá con esto hayas tenido suficiente>

<¿bella?>

<espero que no te hayas ido muy lejos>

<no, no>, te apresuras a contestar. <ha sido fantástico>

<Espero haberte complacido. Yo lo he disfrutado mucho>

Te sonrojas. Y luego estiras los dedos entrelazándolos hasta que te crujen los nudillos.

<Mmmm. Digamos que dormiré muy bien esta noche>

<En ese caso, espero que me permitas darte un beso de buenas noches y desearte dulces sueños. En los que espero aparecer. Xxx>

Sonríes y le contestas <xxx>. Siempre pensaste que el cibersexo debía ser un poco impersonal, incluso de mal gusto, pero ha sido increíblemente romántico. Y muy, muy excitante. Era justo lo que necesitabas. Te levantas y vas a darte un baño con una sonrisa en la cara.



Ve a la página 18

Has decidido dejarlo por esta noche

Bueno, ha sido interesante. Te das un buen baño, te preparas un chocolate caliente y cuando estás a punto de irte a la cama tu portátil vuelve a pitar. Tienes tres mensajes esperándote de *lovematch.com*.

El primero es del escultor:

<Quizá va siendo hora de que nos conozcamos>

El segundo es del Conde:

<Bella, me muero por ver tu preciosa cara en persona>

Y el tercero es de LuciernagaNYC:

<Ei. ¿Quieres que nos conozcamos?>

Vaya. ¿Cómo es posible que se les haya ocurrido lo mismo a los tres a la vez? ¿Qué deberías hacer? Aún te quedan días de vacaciones por disfrutar en el trabajo y no te costaría mucho tomarte unos días libres. Pero ¿de verdad quieres coger un avión para conocer a un completo desconocido en una ciudad extranjera?

Lo piensas un poco. En el peor de los casos, si fueras a Nueva York y las cosas no salieran bien con Luciérnaga, siempre podrías irte de compras, visitar un poco la ciudad y disfru-

tar del ambiente. ¿Y a quién no le gustaría conocer Venecia? Hasta los venecianos se quedan a disfrutar de su ciudad cuando tienen vacaciones. Y no puedes olvidarte de Ámsterdam: todo lo que has oído decir de esa ciudad te hace pensar que podrías pasártelo de miedo y sin bajarte de la bicicleta, si te apetece.

Habrá que tomar una decisión.



*Si te apetece ir a Holanda a visitar a tu escultor,
ve a la página 20*



Si decides contar con el Conde, ve a la página 98



*Si te decantas por aceptar la oferta de Luciérnaga,
ve a la página 214*